

## MUJERES EN LA HISTORIA Y LA LITERATURA

Celia DEL PALACIO MONTIEL

«... Destinadas al silencio de la reproducción maternal y casera, en la sombra de lo doméstico que no merece tenerse en cuenta ni contarse, ¿tienen acaso las mujeres una historia? Elemento frío de un mundo inmóvil son agua estancada, mientras el hombre arde y actúa. (...) Testigos de escaso valor, alejadas de la escena donde se enfrentan los héroes dueños de su destino, a veces auxiliares, raramente actrices (...), son casi siempre sujetos pasivos que aclaman a los vencedores y lamentan su derrota, eternas lloronas cuyos coros acompañan en sordina todas las tragedias» (Georges Duby y Dominique Perrot, *Historia de las Mujeres*, Taurus, 2001: 21).

Como historiadora me ocupé de la prensa regional en México desde hace más de 30 años. Hasta hace muy poco tiempo intenté acercarme a la historia de las mujeres y lo curioso es que encontré a las mujeres del pasado a través de la creación literaria. He perseguido a Leona Vicario, la heroína de la independencia de la que pocos se acordaban antes de 2010; he narrado las vidas de las esclavas afrodescendientes a lo largo de cinco siglos en Veracruz y quise comprender las razones detrás de la vida y de la muerte de una de las primeras actrices mexicanas que triunfó en Hollywood: Lupe Vélez. No ha sido fácil.

El fragmento de la *Historia de las Mujeres* citado más arriba muestra cómo se ha mantenido en el silencio durante siglos la historia del sexo femenino por considerarla irrelevante. Es hasta hace muy pocas décadas que se ha tomado en serio la indagación histórica sobre las mujeres, siendo esto especialmente cierto en México.

Dada la poca participación de la mujer en los hechos, la historia política las ha ignorado. Basta con revisar nuestros libros de texto: encontraremos dos, tres, cuatro mujeres a lo sumo: Malinche, la villana; Sor Juana Inés de la Cruz, única escritora que ha merecido mención en ellos; Josefa Ortiz de Domínguez, correidora de Querétaro y abnegada madre de la patria; Leona Vicario si acaso, ¿quién

más? Incluso al hablar de estas pocas mujeres, el tratamiento que se les da es de seres pasivos o bien de heroínas de bronce que no tienen ninguna relación con las mujeres comunes y corrientes. Los mexicanos hemos aprendido una historia donde las mujeres no existen.

La historia cultural ha intentado recuperar las huellas que dejaron las mujeres desde la esfera privada, utilizando todo tipo de fuentes. Es preciso encontrar el contexto histórico donde actuaron, pero también conocer «la historia que les pertenece», la historia de la vida privada y los pocos vestigios que dejaron en la esfera pública.

La actuación de las mujeres en la historia literaria no es muy distinta: se nos ha dicho que durante el siglo XIX, hubo pocas, prácticamente ninguna mujer que fuera digna de figurar en la historia junto a sus contrapartes varones. «La crítica habría de trazar los mapas a partir de lo que dejaron: un libro de poesía, algunas novelas o unos cuantos cuadros...» (Granillo, *Escribir como mujer entre hombres*. UAM-Azcapotzalco, México, 2010: 44) sin pasar por alto las condiciones en que dichas obras fueron producidas.

Como resultado de la falta de fuentes para la historia de las mujeres, la novela ha sido un recurso interesante para acercarse a ellas. Sin embargo las novelas históricas no son bien vistas por los críticos. Las consideran un género menor, comercial, dirigido al gran público que, dicho sea de paso, ha demostrado su interés por la historia y en particular por las obras «digeribles» que les cuenten los hechos de una manera entretenida. Así mismo, se espera que este tipo de narrativa histórica cuestione a la historia de bronce y brinde verdades alternativas sobre los hechos. Lograr este equilibrio es muy difícil.

Las novelas históricas escritas por mujeres, cargan con ese estigma, además del hecho de, precisamente, ser escritas por mujeres. No importa cuán documentadas estén, ni cuánta innovación formal puedan tener, la mayor parte de estas obras no han sido bien vistas y se han considerado obras «menores», dentro de la categoría general de literatura escrita por mujeres y para mujeres como sinónimo de «literatura light». Escribir como mujer implica correr el riesgo de sufrir el escarnio, el descrédito o el silencio de la crítica. Escribir como mujer sobre mujeres del pasado, es aún más arriesgado.

Pocas mujeres se han ocupado de recuperar las historias de otras mujeres en las novelas históricas mexicanas. Es necesario recordar aquí la novela pionera *La hija del bandido o los subterráneos del nevado* de Refugio Barragán de Toscano, en 1887, no solo por su autoría femenina, sino porque su heroína es una mujer y sin embargo (o por consiguiente) ha sido totalmente olvidada hoy.

Es hasta los años 60 del siglo XX cuando la narrativa femenina ya no es una excepción, que encontramos a algunas mujeres abordando el tema histórico y a mujeres como personajes importantes o centrales de sus obras. Cito aquí algunos ejemplos de las mujeres que desde hace 30 años, en lo que se ha llamado ya «el

boom femenino» en la literatura, han recuperado las historias de mujeres del pasado. Por supuesto Elena Poniatowska, quien en 1992 abordó la biografía novelada de Tina Modotti, luego, *Las Soldaderas* en 1999 y más recientemente, en 2011, *Leonora*, sobre la pintora Leonora Carrington.

Ángeles Mastretta en *Arráncame la vida* se ocupó en 1985 de Cati, nombre que la escritora le dio a la esposa de Maximino Ávila Camacho, aunque ficcionando a todos los personajes; Laura Esquivel en 1989 escribió en *Como agua para chocolate* la historia de Tita y su familia en los tiempos de la revolución mexicana y veinte años después, en 2009, se atrevió a contar la historia de la *Malinche* en la novela homónima. Brianda Domecq publicó en 1990 *La Insólita Historia de la Santa de Cabora*, novela muy bien documentada. En 2011, Mónica Lavín publicó *Yo, la peor*, sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Cito estos ejemplos entre otros muchos, y sin embargo, pocas han sido reconocidas por la crítica.

Como ocurre con la apreciación de las escritoras del siglo XIX a las que se les escatiman méritos por solo haber escrito «uno o dos libritos» y no una «obra relevante», los hechos de las mujeres en la historia son igualmente minimizados: probablemente no hay firmas de tratados ni discursos que hayan cambiado el rumbo del país, pero la historiadora debe partir de lo que hay y de las difíciles circunstancias que tuvieron que enfrentar las mujeres para llegar a realizar cualquier hazaña. Y la novela histórica puede ser un instrumento válido para incursionar en este espacio de luces y sombras que además de documentarse lo mejor posible, puede imaginarse, crearse, soñarse. Eso es lo que he intentado hacer a través de mis novelas.